

FOL 23781  
37.014.2  
1

# PROYECTO 1

MEJORAMIENTO  
DE LA CALIDAD  
DE LA EDUCACIÓN

“Cuando los  
chicos  
quieren  
ir a la escuela”

# PROGRAMA I

MEJOR EDUCACIÓN  
PARA TODOS

PLAN SOCIAL  
EDUCATIVO

ACCIONES  
COMPENSATORIAS  
EN EDUCACIÓN

EXPERIENCIAS

Por una Escuela  
para Todos



PRESIDENCIA DE LA NACIÓN  
Ministerio de Cultura y Educación de la Nación

**“Cuando los chicos  
quieren ir a la escuela”\***

INV	023 781
SIG	FOLL 37.014 2
LIB	1



Con 19 años, una mochila y mi título de maestro llegué desde Entre Ríos a Neuquén. Mi primer paso fue ir al Consejo de Educación a inscribirme como maestro.

En la zona norte de la provincia, comenzó mi trabajo como maestro. Por aquel entonces no contaba con el dinero suficiente para obtener una vivienda y la escuela no estaba en condiciones de ofrecerme alojamiento, por lo que las primeras noches las pasé en el calabozo de la comisaría.

Con el tiempo, vinieron otras escuelas, otros lugares, mejores condiciones de vida, nuevos proyectos...

\* Este relato fue elaborado a partir de una entrevista realizada al ex director de la escuela de Manzano Amargo, Rodolfo Ackerman

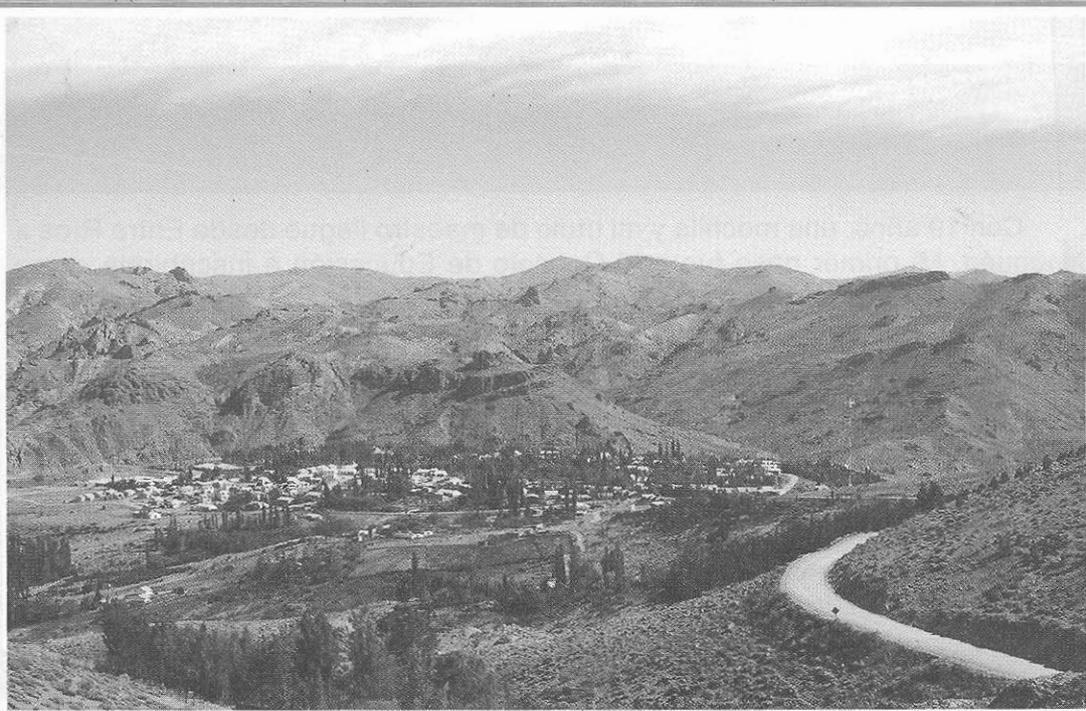
Junto con mi esposa nos instalamos en Huingan-có. Yo trabajaba como maestro de grado titular en la escuela del pueblo y cumplía funciones de secretario, cuando se abrió un concurso para cubrir la dirección de la escuela de Manzano Amargo que en esa época era escuela albergue de tercera categoría.

Dudé bastante en inscribirme. Siempre me cuestionaba si lo que hacía estaba bien o tenía que hacer un poco más. Pensando que no iba a llegar ni en broma, me inscribí y cuando salieron los listados me encontré con la sorpresa de que entre cinco postulantes yo estaba ubicado en el segundo lugar. El primero no aceptó el cargo... me tocaba a mí elegir.... Vivía en Andacollo, aproximadamente a cien kilómetros de Manzano Amargo, aunque para mí ese lugar no existía o sólo representaba el nombre de una escuelita.

Manzano Amargo era un paraje olvidado, cercano a la Cordillera y al río Neuquén. Doscientas personas, diecisiete casas y la escuela conformaban el pueblo. El resto de la población era rural.

La escuela funcionaba desde 1968, y había sido creada por el Sindicato de Luz y Fuerza .

Circulaban rumores de que los maestros duraban una semana o un mes, que llegaban y se volvían sobre la marcha, y que ni siquiera se instalaban, debido a que los problemas de la comunidad eran muy marcados: violencia familiar, falta de una alimentación adecuada, fuerte dependencia hacia la escuela que los proveía de alimentos y vestimenta.



Además, la escasa cantidad de niños que asistían a la escuela, y los que fracasaban en sus intentos de continuidad hacían suponer que el trabajo pedagógico estaba muy desdibujado.

A pesar de los comentarios y los temores, decidí conocer la escuela. La encontré muy deteriorada, daba pena.

Necesité tiempo para pensar. Junto con mi mujer tomamos la decisión de aceptar y en nuestra camioneta cargamos una serie de cosas como para empezar a defendernos.

Cuando visité la escuela esa primera vez creí verlo todo. Sin embargo, olvidé mirar el lugar donde habitaríamos que, en ese momento, estaba dentro de la escuela.

Fue entonces cuando mi esposa, al ver el lugar donde íbamos a vivir, salió corriendo a la camioneta y llorando me decía que se quería volver.

Nos quedamos un largo rato sentados, pensando si aceptábamos o no el desafío. Si nos volvíamos, seguramente íbamos a estar más cómodos, pero nuestra frontera como docentes se terminaba allí, y nuestra búsqueda no era ésa, sino un lugar donde pudiéramos canalizar y llevar a cabo todas nuestras inquietudes.

Tal vez Manzano Amargo podía ser ese lugar, porque la ruralidad fue parte de mi vida. Nací en el campo y mi escuela primaria fue rural. Me crié un poco en el campo y un poco en las calles del pueblo. Quizá por eso, ese lugar empezaba a significar algo para mí.



Teníamos algo más de veinte años y un hijo, el primero, de un mes de vida... Aceptamos el desafío y empezamos el trabajo...

Como director heredé una situación muy difícil. En 1989 éramos once docentes y dos porteras.

Vivíamos todos con esposas e hijos hacinados en la escuela porque no contaba con las dependencias necesarias para albergar a tantas familias. Todos usábamos el mismo baño.

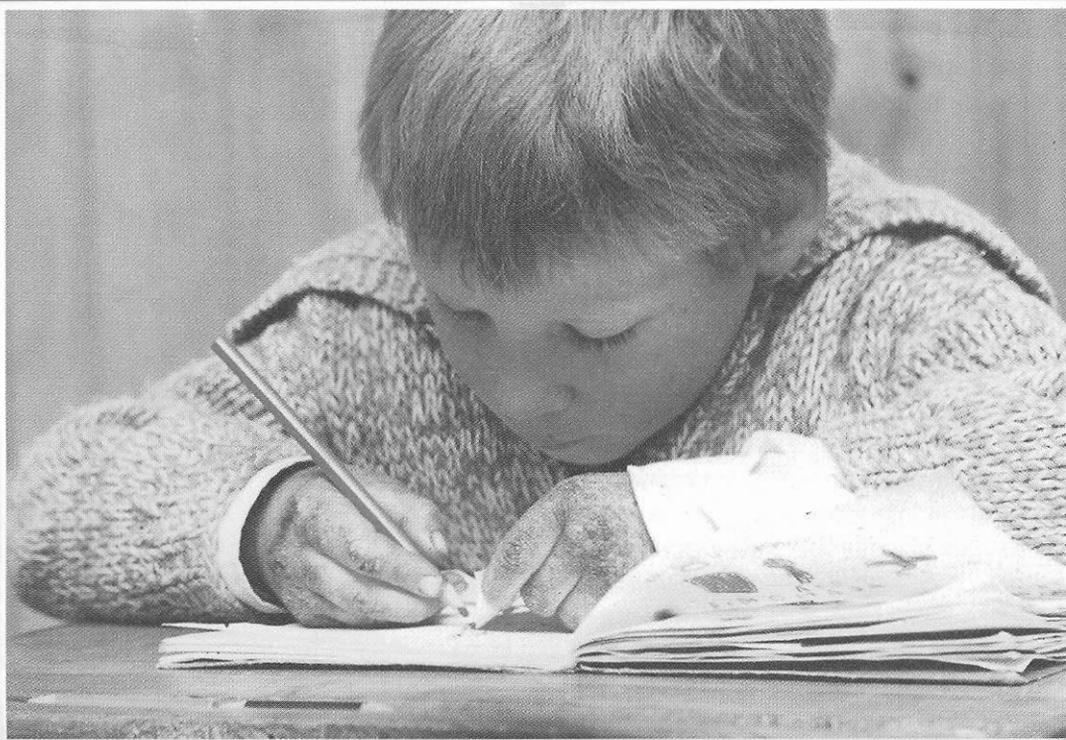
Los conflictos aumentaban por las dificultades propias de la convivencia. Y además, porque yo intentaba darle a la conducción un perfil diferente y priorizar la tarea pedagógica. Y ésto implicaba cambios.

Por eso, fue necesario concentrarnos en la tarea de la organización y empezamos una nueva administración. Excepto un libro histórico que contaba algo sobre la escuela, el resto de la documentación se había extraviado. Todo lo que alcanzamos a rescatar del archivo lo ordenamos, lo pusimos en cajitas y lo rotulamos bien.

En el momento en que asumí la dirección, la escuela contaba con 78 alumnos, de los cuales asistían alrededor de 68.

Tuve que "ponerme las pilas", primero para arreglar la casa, salir a buscar a los niños, hacer reuniones de padres y de maestros y evaluar a los alumnos según su nivel de aprendizaje.





La nueva identidad que pretendía darle a la escuela no contaba con la aceptación de todos. De los once que éramos al principio entre maestros y personal directivo, quedaron sólo tres docentes.

Cuestionaban que no regalara víveres, ropa, calzado. Era necesario resistir a la permanente presión de la comunidad, mostrar que mi propuesta, aunque difícil, tendría buenos resultados.

La comodidad, no les permitía anticipar que podían hundirse solos, que cuando la escuela no tuviera nada más para dar, qué iban a hacer, de qué iban a vivir.

Lo primero que me propuse fue conocer bien la comunidad. En su gran mayoría está formada por arrieros y crianceros, dedicados a la crianza de animales, especialmente de chivos. Este trabajo los hace casi nómades. Cuando llega el invierno toda la familia junto con todos los animales se desplaza a la invernada, cerca de un arroyo o de un río, porque al no acumularse allí tanta cantidad de nieve, los animales están más cómodos y no mueren de frío.

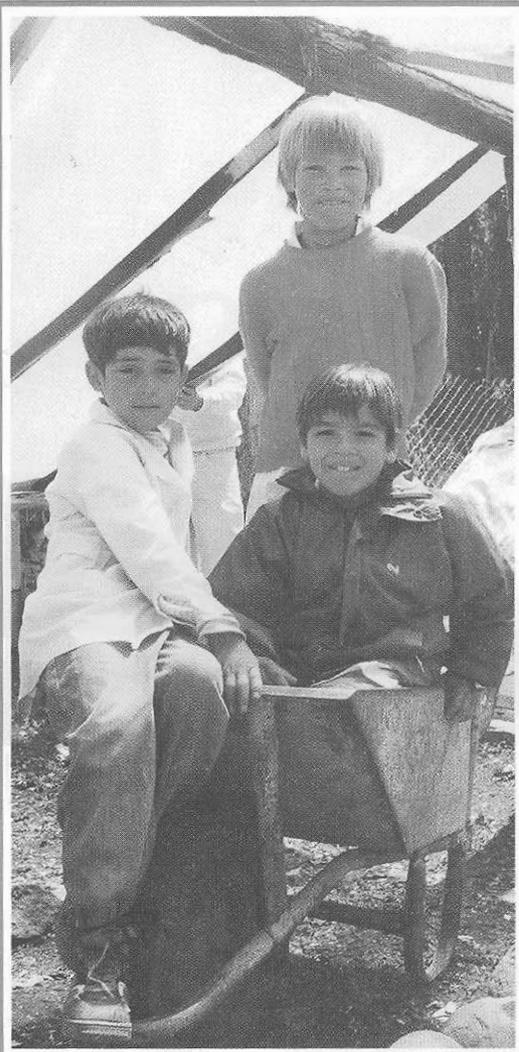
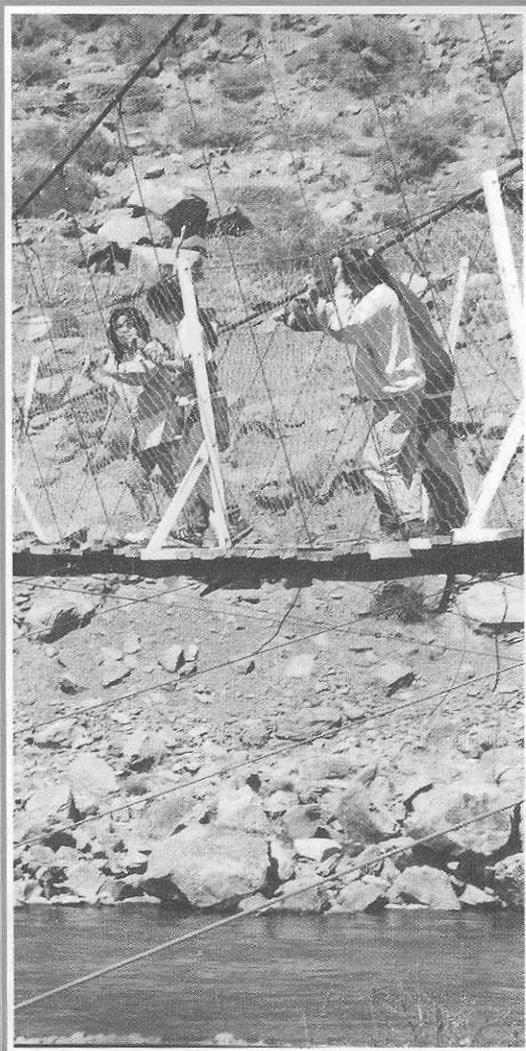
Regresan en las veranadas, porque al derretirse la nieve poco a poco, hay mucha humedad y agua, y crece gran cantidad de pasto. En esta zona, las vacaciones de las escuelas, por las características climáticas, comienzan en mayo y terminan a fines de agosto.

Durante los tres meses de vacaciones los niños permanecen en la invernada, que en general queda a tres horas a caballo desde Manzano Amargo.

La gente de la zona es muy introvertida, poco expresiva, hasta que sienten confianza.

Fue una sorpresa muy grande para los padres que yo como director saliera a visitarlos a sus casas; y que llegara tanto a las que estaban más cerca como a las que estaban a seis horas a caballo. Mi propósito era buscar a los niños que no iban a la escuela. Muchos se quedaban trabajando en el campo. Se sabía que estaban, pero si nadie los buscaba, esos chicos quedaban sin escolaridad.

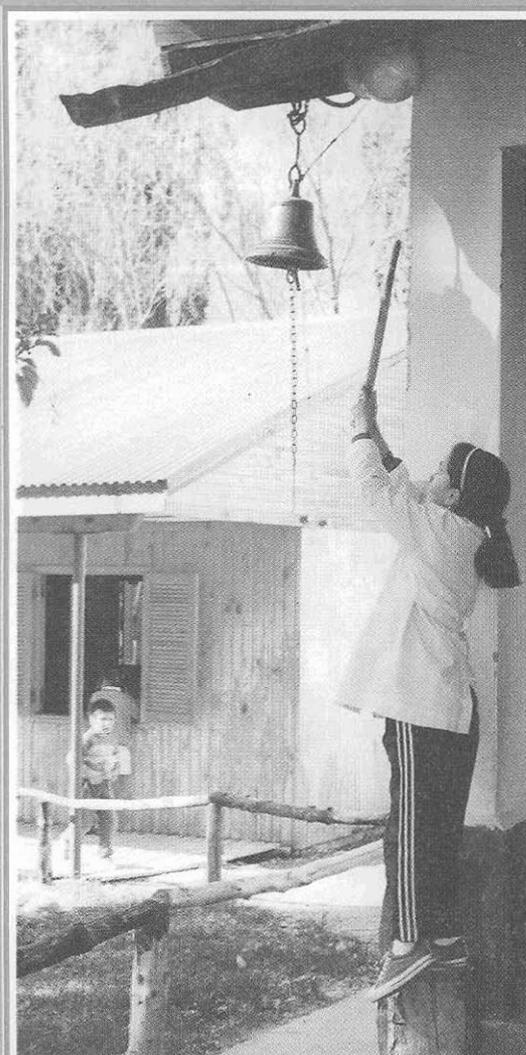
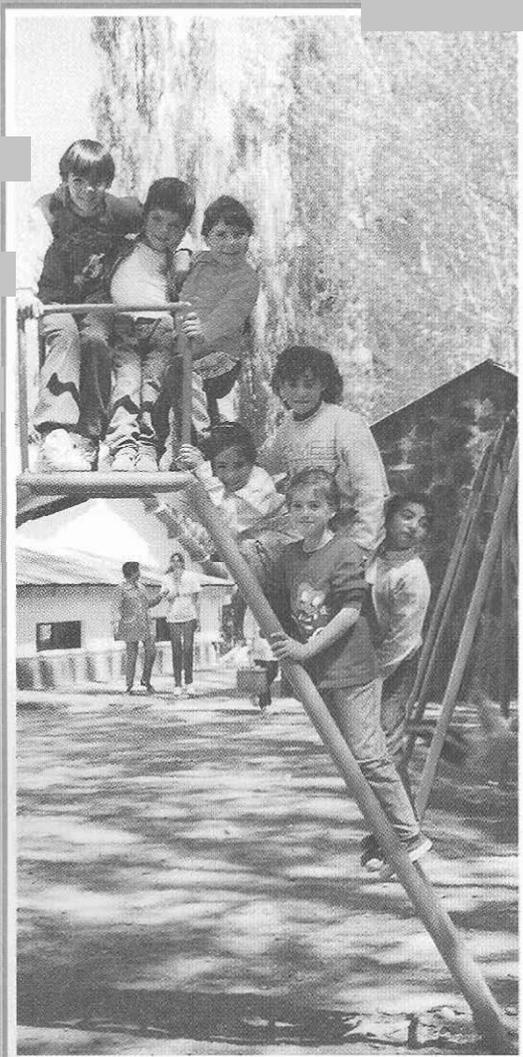
Había que hacer algo..., y ese algo era ir a cada hogar y decirles a los padres: *"Yo estoy aquí y voy a venir todas las veces que sea necesario, pero el chico debe estar en la escuela"*.



Decían que no los mandaban porque la escuela les quedaba muy lejos y no los podían ir a buscar, que los necesitaban para criar las chivas y ayudar en las pariciones, para trabajar en la casa y otros tantos motivos más.

Sabían perfectamente que si yo tenía que ir diez veces, iría diez veces y si tenía que recurrir a la policía, al juez de menores, o a quien fuera, lo haría. Tuvieron la oportunidad de vivenciarlo. Su obligación era mandar a los niños a la escuela y eso costaba hacérselos comprender.

Al principio, algunos se molestaban pero otros lo entendieron perfectamente, y durante los siete años que estuve al frente de la escuela logramos manejarnos con claridad. En las reuniones de padres les decía: "*Señores, esto está establecido en la Constitución Nacional, no es broma*". Una vuelta - me llegaron a preguntar: "*¿por qué usted insiste tanto en que los chicos deben estar en la escuela, y por qué los directores que estuvieron antes que usted no lo hacían?*" Mi explicación fue sencilla, "*Vine a la zona norte de Neuquén y me radiqué aquí. No estoy de paso.*"



*Si en el día de mañana hubiese chicos que no cumplieron con la etapa de la escuela primaria, que es obligatoria, a mí me señalarían con el dedo porque me van a tener acá cerquita, y hasta me podrían enjuiciar por no haber actuado en tiempo y en forma".*

De esta manera, se fue produciendo un fenómeno social maravilloso: los chicos les fueron cambiando la mentalidad a los padres. Porque al estar en la escuela comenzaron a vivir otra historia, y poco a poco se revirtió todo ese odio, esa desconfianza y la bronca que me tenían.

El agente sanitario del pueblo fue quien primero entendió cuál era la forma de trabajo que me proponía.

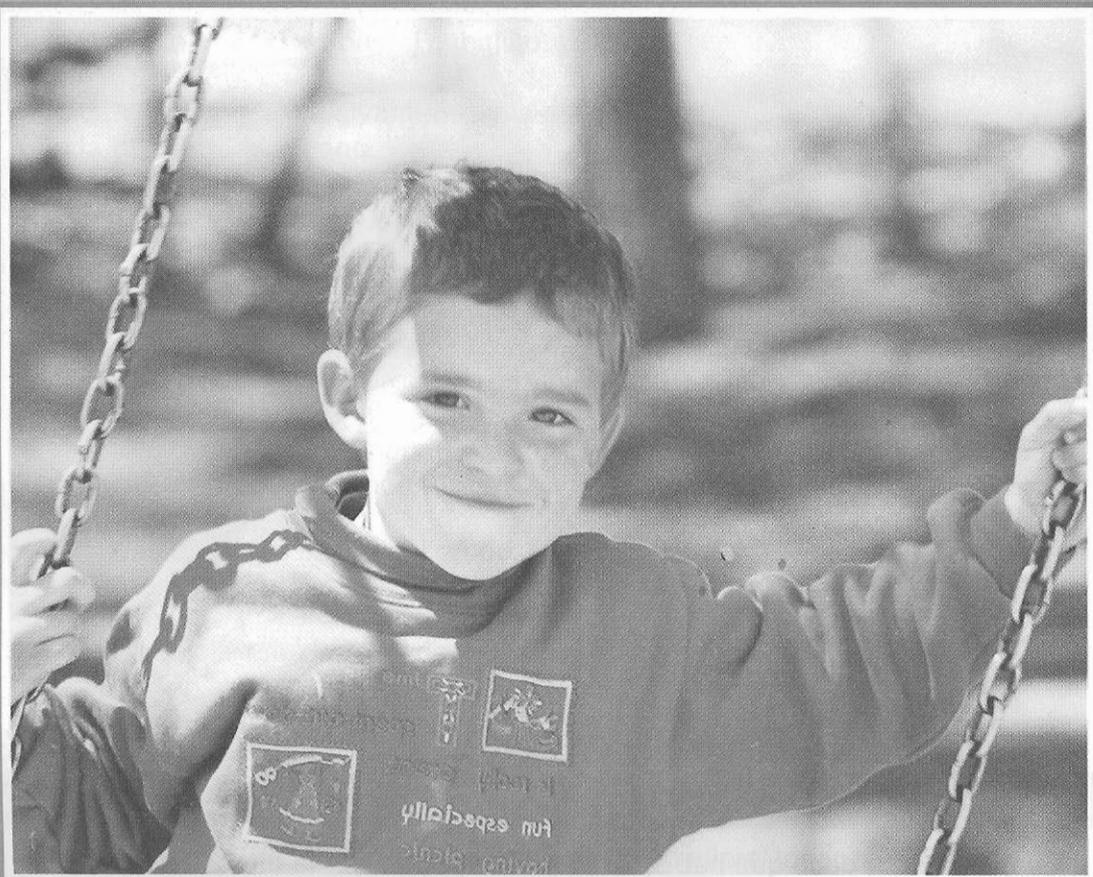
Había venido de otro lugar, pero conocía perfectamente esa zona. Largas horas de charla y mate sirvieron para que entendiese y confiase en lo que yo quería hacer en la escuela. Y a partir de entonces me ayudó y me fue abriendo el camino. Durante todos los años que fui director se integró a la comisión coooperadora y llegó a ser su presidente.

Juntos salimos a caballo y recorrimos casa por casa, lo que nos llevó tres meses. En estas recorridas la gente me decía que les daba mucha vergüenza hablar con los maestros. Fue así que tomé la iniciativa de organizar charlas informales y reuniones de personal con los maestros. "*¡Muchachos, hay que acercarse, hay que llegar!*" - dije -.Y para llegar había que vivir en Manzano y compartir la vida con su gente.

Empezaron de a poco a entenderlos, hablaban como hablaban, lo dijeran en el tono en que lo dijeran, utilizando las palabras bien pronunciadas o mal pronunciadas. Lo importante era su mensaje, lo que nos traían como inquietud.

Una forma de acercarnos a la gente fueron las fiestas, primero con los chicos, después con los padres. Hasta llegamos a hacerlos participar, a algunos de ellos, en obras teatrales.



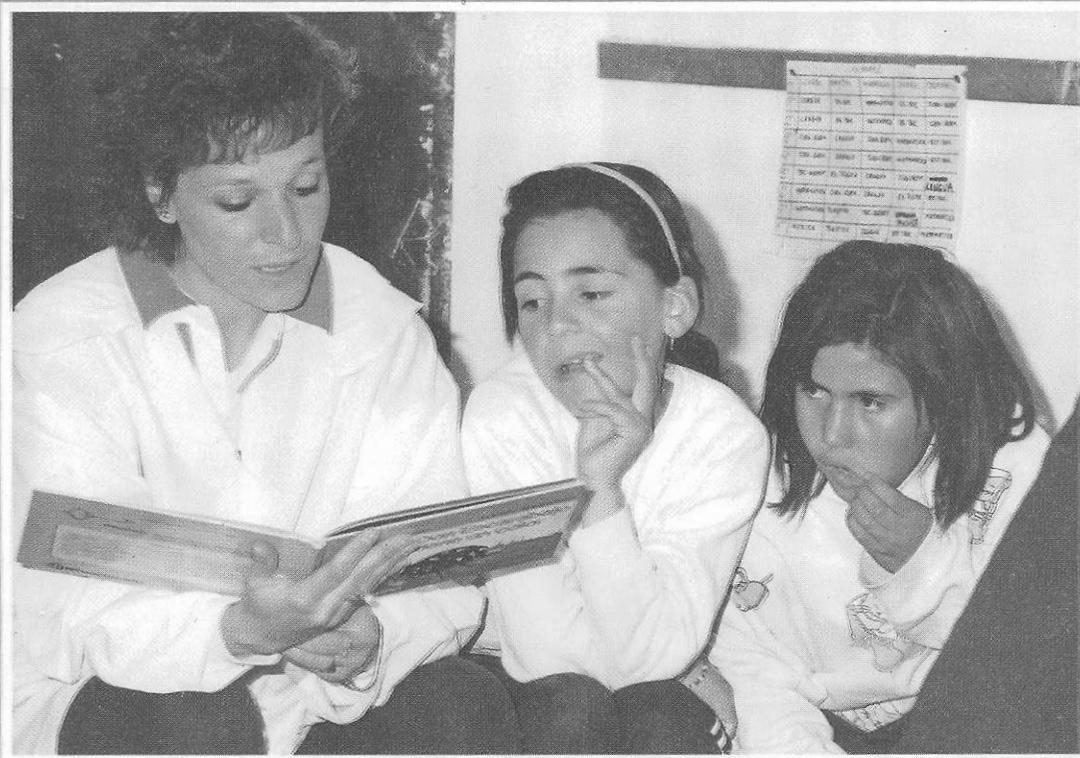


La tarea de salir a buscar a los chicos a sus casas y de encontrar diferentes formas de acercarnos a la comunidad nos afianzó como equipo docente. Juntos trabajamos con una gran motivación que nos permitió revalorizar la escuela. Tal vez la falta de interés de los padres por la escuela tenía que ver con que ésta no contemplaba sus realidades y posibilidades. No se si no las satisfacía o no brindaba el marco para que comprendieran la importancia para la educación de sus hijos. Y me parece que ahí radicaba fundamentalmente el problema. Parecía que para ellos el mundo se terminaba allí, donde estaba la montaña. Cuando nosotros intentamos hacerlos traspasar esa frontera, y mostrarles que más allá de la montaña había más mundo, y que más allá de ese mundo había más mundo, se les abrió el panorama.

Decidimos esforzarnos por atraer a los chicos y motivarlos para que se sintieran a gusto en la escuela.

De los 78 alumnos que había al iniciar este proyecto llegamos a tener 100 en el tercer año. Este crecimiento de la matrícula significó centrar nuestra energía en ampliar el albergue, en conseguir mesas, sillas, de todo.

Poco a poco se construyeron las casas para los maestros y al tiempo se abrió la sala de jardín de infantes.



El comedor de lo que había sido mi casa pasó a ser la dirección, la habitación de mis hijos se convirtió en depósito y lo que había sido mi dormitorio se transformó en la sala de jardín de infantes.

Construir el Jardín significó un trabajo aparte. Nuevamente, salimos a buscar a los chicos casa por casa. Los padres decían: “¿Qué es eso de jardín de infantes?”. Llegamos a tener ocho chicos. Ese año llegó una supervisora, entró a la sala, estuvo mirando unos cinco minutos y salió. Por un instante sentí que se me venía el mundo abajo. Temí que la cerrara por las condiciones de la sala y por la baja matrícula. Le pedí tiempo, un año calendario. Nada más. Tenía la firme convicción de que lograría mejorarla y ampliarla.

Las tareas de armar la sala y buscar más chicos habían comenzado, y era necesario insistir en el tema. Nuevamente el agente sanitario se ofreció a ayudarme. Al visitar las casas y apelando a la confianza que le tenían, él afianzaba lo que yo decía: “Si el director les dijo que manden a los chicos al jardín es porque es importante que los chicos vayan, porque después cuando entren a primer grado ya van a saber agarrar el lápiz, cortar y también a estar con otros chicos”. Permanentemente él refrendaba lo que yo les decía. Eran dos campañas que valían más que una.

Logramos con mucho esfuerzo que esos chicos terminaran el año.

Al tiempo la matrícula aumentó y tuvimos que abrir la sala de cuatro. Para el 2º año, juntamos veinte chicos... ya iba pintando...

Anduve mucho arriba del caballito, pero quería hacerlo, éste era otro desafío. No veía día de semana ni fin de semana. Fueron cuatro años que se dedicaron pura y exclusivamente a la escuela, con dos inviernos pasados allá con la gente de Manzano.

Me iba diez o quince días para ver a mis familiares en Entre Ríos. Volvía a Manzano y seguía trabajando fuerte, pero contaba siempre con el apoyo de los maestros.

Con mucho esfuerzo logramos armar un grupo muy especial. Todos teníamos entre 20 y 35 años.

Había tres maestros neuquinos, una nacida en Manzano Amargo. También había de Entre Ríos, Buenos Aires, Chaco, Catamarca, Tucumán y Río Negro.

Todas las ideas salían del grupo, se armaban en discusiones, en reuniones, en debates. Nos reuníamos una vez al mes.

La escuela era de jornada completa, durante ocho horas estábamos allí, pero el día no alcanzaba para hacer todo lo que nos proponíamos. Algunas cosas se hacían allí pero otras se terminaban fuera del horario escolar, por ejemplo: las polleritas para el baile de las chicas, las fotocopias de las canciones, los decorados para los actos... y muchas otras más.

Me pareció importante que cada maestro pudiera tener la experiencia de pasar por un ciclo completo.



Cada uno iniciaba un ciclo -1º, 2º o 3º ciclo - con un grupo de chicos y lo terminaba con ellos. El compromiso que se adquirió fue realmente importante, no era sólo tenerlos un año y al año siguiente cambiar y tener otro.

Entre los docentes se acordó que hasta que no pasaran todos por 1º grado, no volvían a tomarlo otra vez.

Como directivo, les daba ciertos lineamientos generales para el trabajo, pero cada uno podía canalizar libremente sus propias inquietudes, probando cosas nuevas, o expresándose de diversas formas.

El grupo era muy heterogéneo y ésto resultaba enriquecedor.

Marta era "la intelectual de grupo", Analía "la loca", le gustaba bailar, preparar shows de danza, de gimnasia rítmica y gimnasia jazz. Miguel, el esposo de Analía, tocaba la guitarra, le gustaba componer canciones y componía con los chicos, le ponían música y cantaban. A Carlos, el maestro secretario, le gustaba mucho escribir obras de teatro.

Mientras que Claudia y Miguel armaban el coro de la escuela, Daniel se inclinaba por todo lo relacionado con la producción. Y a Lory le gustaba dramatizar los cuentos con los chicos y para los actos preparaban uno.



Así es la escuela rural... La escuela de campo da mucha libertad, se puede trabajar con amplitud de criterio.

Una vez un maestro me dijo: *"Voy a trabajar el ciclo del agua, pero lo voy a hacer con una experiencia. Si me das un lugarcito en el terreno de atrás de la escuela voy a hacer un canalito ..."*. Y sin duda, contaba con todo el apoyo.

Realmente, éramos docentes las 24 horas del día.

En el horario extra escolar se realizaban talleres de mecánica, carpintería, electricidad, danzas y coro. Además, construimos un vivero que tenía múltiples funciones: aprender a cultivar la tierra, enseñar algunos contenidos de Ciencias Naturales, a la vez que significaba una fuente de ahorro para toda la comunidad, porque la verdura que llegaba de Neuquén era muy cara.

Otro de los proyectos que iniciamos fue plantar arboles para contar con un pequeño bosque que, en un futuro, se convirtiera en fuente de trabajo, ya sea para vender leña, instalar una planta de celulosa, o quizá un aserradero.

Al iniciar la escolaridad cada chico plantaba un árbol.

Disfrutábamos mucho saliendo con los chicos, adonde podíamos llevarlos. Viajaron a Buenos Aires, Neuquén, Chos-Malal.

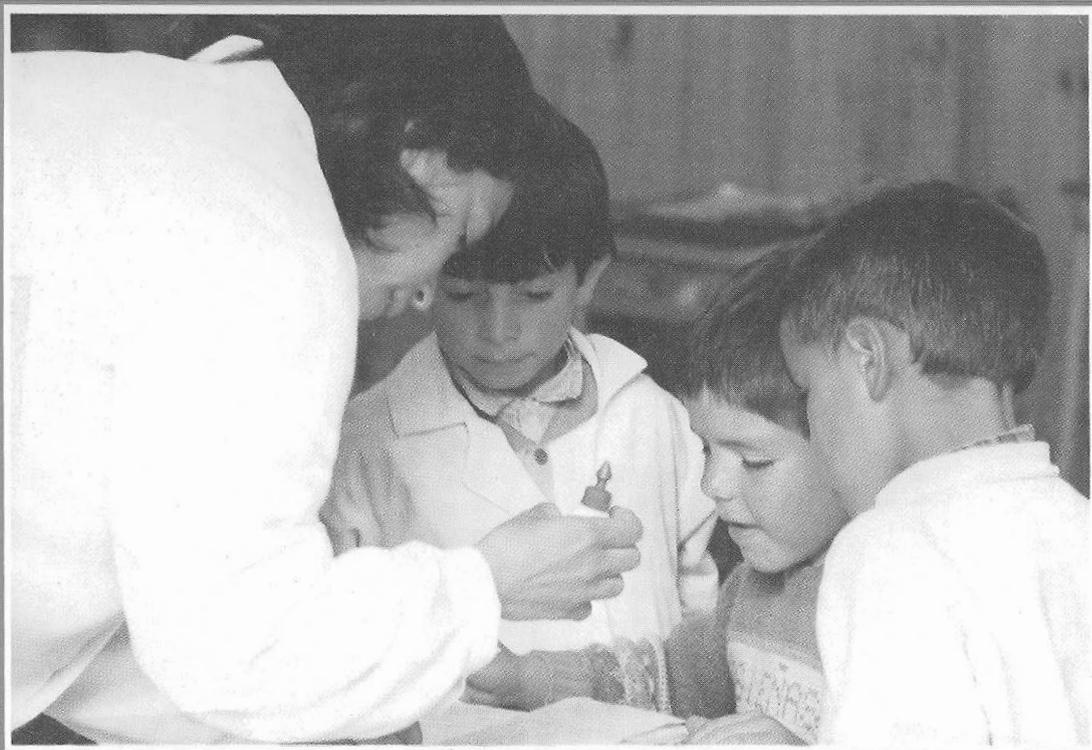


En reuniones sucesivas armamos un proyecto de reordenamiento de los contenidos en Ciencias Sociales. Cada uno era trabajado en Historia, y Geografía y se relacionaba lo que era posible con aspectos actuales de la realidad. Considerábamos que si un chico comprendía bien su entorno provincial, luego lo podría relacionar con el ámbito nacional e internacional.

Por ejemplo, en 1º grado los alumnos hacían croquis, buscaban puntos de referencia naturales y artificiales, construían pequeñas guías de orientaciones y bosquejos y ya en 3º grado trabajaban con el plano del pueblo de Manzano Amargo. Una vez, la policía de la provincia de Neuquén me pidió un plano que habían realizado los chicos de 3º grado. En él se representaba cada casa con el nombre de la familia que la habitaba. Fue un relevamiento perfecto, donde figuraban hasta las forestaciones de la zona.

Los maestros buscaban permanentemente estrategias de enseñanza que respondieran a las necesidades y las expectativas de los alumnos, y que a su vez los asombraran. Tenían una actitud investigadora, y constantemente solidaria. Si alguien encontraba algún material nuevo lo compartía con sus compañeros.

Entre los numerosos libros con los que contábamos descubrimos "El lectorón". Recuerdo ese momento porque fue bárbaro. Teníamos serias falencias en Lengua. En él descubrieron muchas de las actividades que necesitaban desarrollar. Esas propuestas tan disparatadas y llamativas motivaron a un cambio. Se organizó un taller de lectura compartido con toda la escuela.



En cada aula había una toallita para que los niños después de lavarse las manos se secaran y fueran al taller dispuestos a leer.

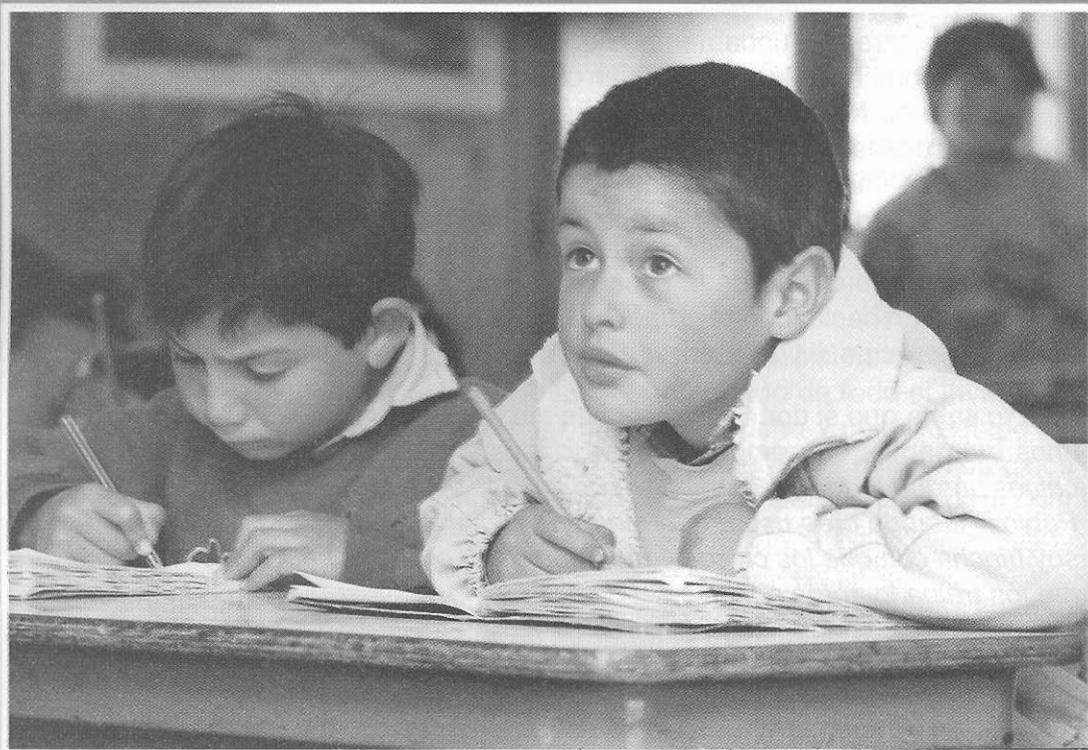
Los problemas matemáticos representaban otra dificultad en la tarea docente. Costaba encontrar las estrategias para que los mismos respondieran a situaciones cotidianas y apuntaran a estimular el pensamiento reflexivo de los alumnos. Entonces se nos ocurrió crear tarjetas con diversos tipos de problemas. Y como nos dio buen resultado, lo extendimos a las áreas de Lengua, Ciencias Sociales y Naturales.

La lectura de las fichas significó que también se entretuvieran, que leyeran para divertirse, para recrearse, posibilitando espontaneidad y mayor capacidad resolutive.

Como actividad novedosa promovimos que los chicos se cartearan con quienes son padrinos de la escuela.

Una vez por semana se pasaba un buzón por las aulas en donde los chicos depositaban cartitas para enviar a Buenos Aires. Cada tres meses se preparaba una encomienda con todas las cartas y de allá venían las respuestas. Al ver a cada chico con un piloncito de cartas, mirando con esa carita de emoción..., el trabajo cotidiano tenía sentido.

Una vez, una nena escribió: *"Yo en las vacaciones estuve en mi casa cuidando los chivos y muchas veces, en las noches, con mis hermanos, prendíamos una vela y mirábamos los cuadernitos y llorábamos para que empezara la escuela, porque nos acordábamos de los maestros, de nuestros compañeritos, de nuestras cosas"*.





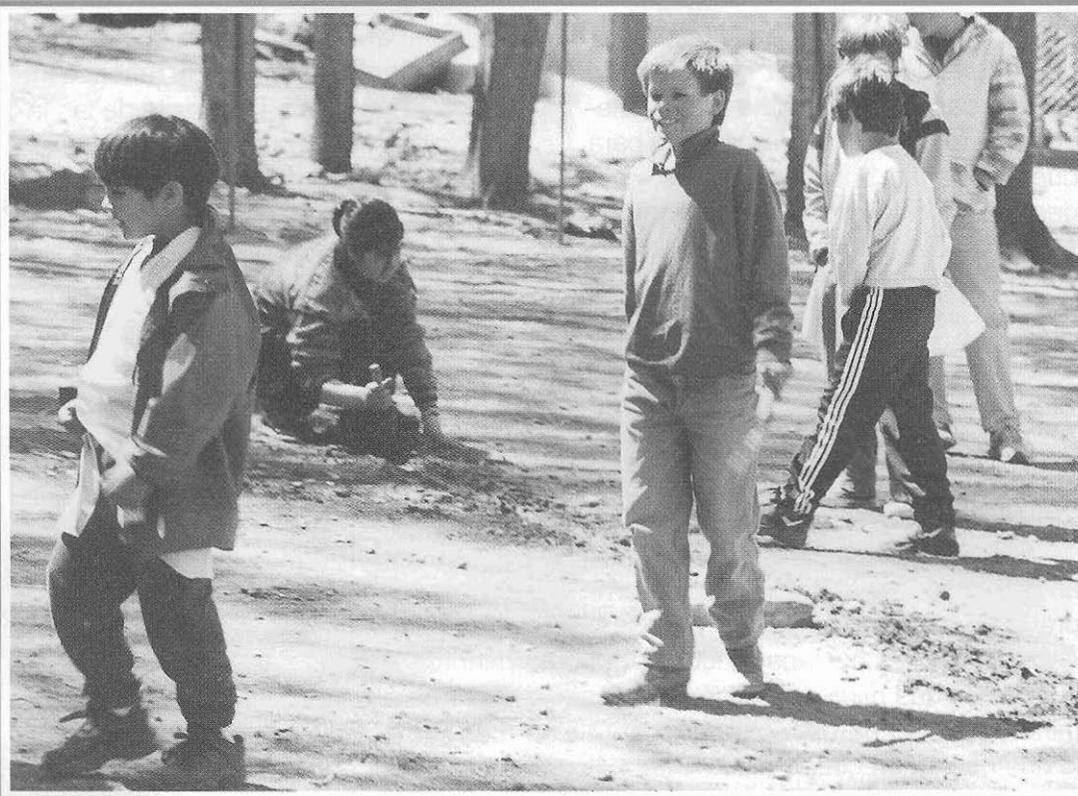
El trabajo de concientización que realizamos fue por dos caminos: el que realizábamos con las familias, y lo que los chicos llevaban a sus casas. Si los dos caminos resultaban coincidentes, el objetivo se lograba.

En esta tarea lo fundamental era transmitir la importancia de la escuela, no fallarle a la comunidad y mostrarles un objetivo claro como institución, no buscando otro fin que no fuera el de mejorar las relaciones entre la escuela y la familia. Porque al usarla para otros fines, automáticamente se cerraban las puertas. Mantuve una línea de conducta. No quise ser intendente ni nada de eso. La gente tenía claro, *"no, éste es maestro, por sobre todas las cosas, maestro"*.

Entendí que dentro de la escuela tenía que reinar primero la confianza, la predisposición hacia todo el grupo, y después, si alguien fallaba había tiempo de apartarlo y decirle *"Mirá, esto no es así"*.

Yo sabía que si don Pablo Morales me decía: *"Mire maestro - venía siempre unos días antes que empezaran las clases - yo no le voy a poder traer a los chicos porque tengo los caballos harto flacos"*, yo le creía y le decía: *"Bueno, don Pablo, ¿cuándo cree usted que me puede traer a los niños? Usted sabe que yo soy hincha con que los chicos tienen que estar en la escuela y le voy a pedir que me los traiga lo antes posible"*.

Es decir que, por un lado, los presionaba, pero al mismo tiempo les daba libertad para manejarse. Entonces el me respondía: *"yo se los traigo a la segunda semana de clases"*. Y a la segunda semana de clases yo tenía los chicos.



A la vez que ellos me pedían, yo les concedía pero les exigía, es decir, era un ida y vuelta. Realmente, ahí se empezó a valorar lo que significaba no faltar a la palabra dada.

Fui depositando también la confianza en la gente que trabajaba en la escuela, dejaba todo el inventario a cargo de los porteros, y delegaba en ellos toda la responsabilidad. Los tres porteros, a partir de firmar el cargo llevaban el inventario del albergue, con la responsabilidad de controlar y de cuidar todo lo que allí había. Todo lo anotaban. Si se rompía un plato, o se perdía un cubierto, también. Aunque costó mucho que lo hicieran, ellos decían: *"que tenían errores, que escribían mal"*.

Incluí como portero a un chico que cuando tenía diecisiete años, entró a robar a la escuela, y fue procesado. Hoy es el encargado de todo el inventario de la escuela y se hace responsable de cosas de mucho valor, el equipo de música, la máquina de escribir eléctrica, la computadora, mil quinientos cinco libros...era un chico que nunca había salido de arriba del caballo, de cuidar animales, y no conocía una herramienta.

Paulatinamente, la gente empezó a participar y a comprometerse cuando descubrió que cada uno podía tener un lugar en la institución.

Así se formó una cooperadora cuya comisión directiva cada tres años se renueva.

Quien en esa época fue tesorero y hoy es presidente de la cooperadora, venía todas las tardes a las cinco y media con un cuadernito y una lapicera para que le enseñara a hacer balances, y me decía: "Ay, don Redolfo - así me llamaba - no entendí nada de lo que me explicó". Me llevó un año capacitarlo, pero después ya los hacía solo. Ahora él le está enseñando a leer y a escribir a su esposa, puso una despensa en su casa, y es presidente de la Sociedad de Fomento de Manzano Amargo, hace mediciones de campos, maneja personal.

Para lograr que participaran más en las reuniones había que buscar siempre actividades bien claras y precisas. A los padres les costaba mucho ver el avance de sus hijos en el aprendizaje, mirarles los cuadernos, o preguntarles lo que hacían en clase.

Las estrategias para llegar a ellos las encontramos en sus mismas situaciones cotidianas y en ejemplos que les tocaran directamente. En toda oportunidad disponible, charlábamos mucho con ellos e intentábamos conocer sus opiniones y sus pensamientos. En el año hacíamos tres reuniones, una al empezar, otra después de la entrega de boletines, y la última al terminar el año escolar.

De tanto insistir, las reuniones resultaron muy concurridas. Habíamos logrado superar tantos escollos que las últimas duraban alrededor de una hora y media. Terminábamos haciendo bromas, o contando chistes o refranes.

El logro más grande que pudimos alcanzar fue que padres analfabetos se sentaran a mirar las carpetas de sus hijos.

La tarea con los padres fue difícil. Gran parte del trabajo consistió en acercarlos a la escuela, en enseñarles a

acompañar a sus hijos en su paso por ella, e intentar modificar su rechazo inicial. Porque este sentimiento de las familias trae consigo el riesgo de que los chicos abandonen la escuela. Un padre que no apoya a su hijo para que vaya a la escuela, un niño desilusionado o que repitió muchas veces y es más grande que sus compañeros, son algunas de las causas de abandono. Y eso era lo que queríamos evitar.

Es así que, además de las reuniones, seguí junto con el agente sanitario visitando las casas. El llevaba un registro de vacunación y de control de embarazadas y otro de natalidad y mortalidad. De los registros de nacimientos íbamos sacando la matrícula que año a año iríamos a tener, y además sabíamos a qué familia pertenecía cada chico. El estaba muy consustanciado con la historia de cada familia y además contaba con todos los datos necesarios para tener un mayor conocimiento acerca de la población que debía asistir a la escuela.

Contábamos con un censo actualizado día por día.

Así, pudimos detectar que el riesgo de deserción era más frecuente en los varones que en las mujeres, porque se los necesitaba más para ayudar en las tareas rurales.

Otro factor de riesgo en cuanto a la deserción era el sentimiento de inferioridad. Una persona subestimada hace como el ñandú: para defenderse esconde la cabeza. Y se recluye en un mundo pequeño donde se siente valorado. Tal vez, un chico se siente bien cuidando las chivas, porque sabe que es capaz de hacerlo bien, no se le pierde ni se le muere ninguna y en eso que hace encuentra seguridad. Al no ir a la escuela, no se relaciona y evita mostrar sus verdaderos sentimientos.



Observamos también que el riesgo de abandono era más frecuente al llegar al tercer ciclo. Sabíamos que decirle a un alumno que debía repetir 6º grado, traía siempre como respuesta segura dejar la escuela. Era así.

Por ello, nuestra actitud era hablar directamente con los chicos, concientizarlos, explicarles la importancia de tener el certificado de 7º grado para abrir otras puertas, o para pelear un puesto de trabajo. Les contábamos siempre el caso de un chico del pueblo que por no tener el certificado no accedió a un puesto en un hospital de la zona.

Era necesario despertar el interés de los chicos para que permanecieran en la escuela. Y para lograr satisfacer sus intereses asumimos una tarea constante, con ellos y con la comunidad. Entonces nos propusimos diferentes objetivos y acciones para obtener una mayor adhesión al proyecto de la escuela. Costó mucho modificar algunas actitudes expresadas en preguntas tales como: ¿Para qué mandar a los varones a la escuela si son más útiles en el campo? o ¿Para qué mandar a las mujeres si su destino es tener hijos?

La escuela tuvo que trabajar con esas creencias, por ese motivo, incorporamos clases de educación sexual, charlas con profesionales de otras zonas, conversaciones informales, disponer de un buzón para que de forma anónima, los chicos se animaran a plantear sus dudas.

En la medida en que la relación de los pobladores con la escuela se fue intensificando, se solucionaron algunos problemas. Cada cambio llevó su tiempo pero al fin, se logró.



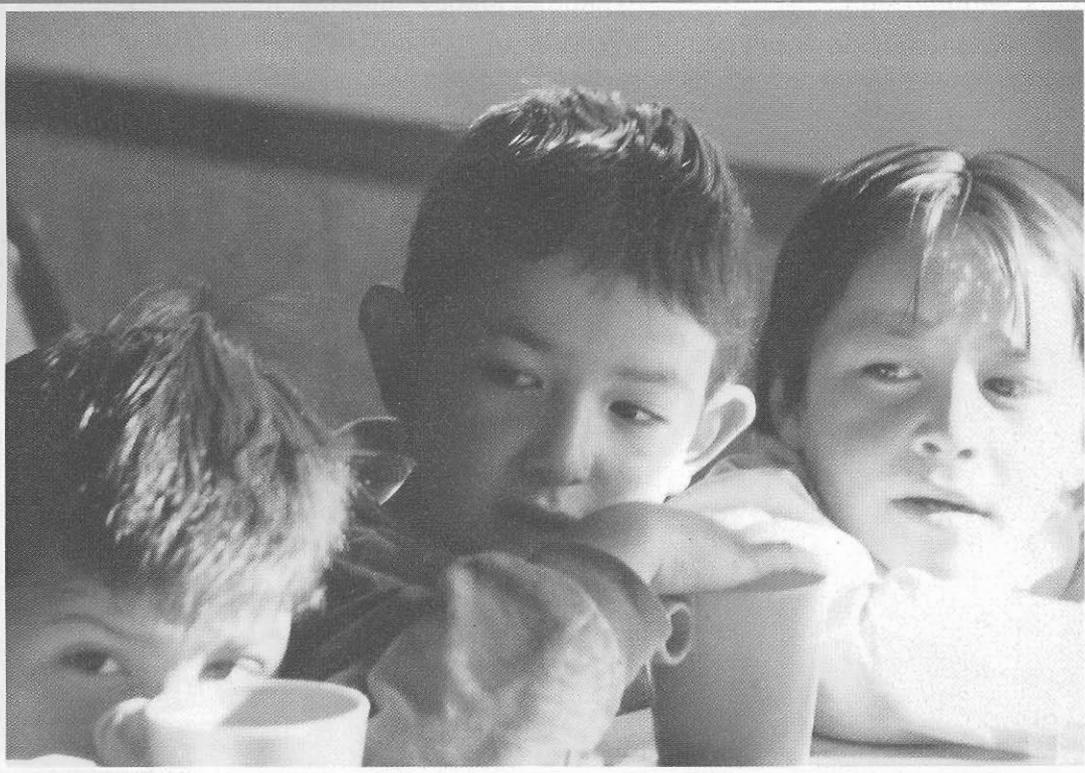
Los mismos chicos insistían en venir a la escuela. Un niño que veía a sus hermanos trabajar con los cuadernos o hacer las tareas, empezaba a pedirles a los padres que lo llevaran al jardín, o a la escuela. O quizás ese chico iba a la casa de un primo, y encontraba la carpeta del jardín de infantes, y veía las cosas que hacía. Sin querer, ese chico daba vuelta toda la historia, porque era él quien exigía a sus padres que lo llevaran a la escuela.

Así logramos que algunas familias que no tenían casa en Manzano Amargo, porque vivían afuera, en el campo, mandaran a sus hijos de cinco años, - que no podían ser albergados -, a las casas de sus parientes para que pudieran asistir al jardín de infantes.

También fue un logro que los padres aceptaran hacer el traslado de animales con los hijos mayores o con toda la familia pero durante el fin de semana, para que los más chicos no faltaran a la escuela.

Los alumnos se iban el viernes por la tarde, y el lunes a la mañana regresaban otra vez con nosotros. Los padres se comprometieron con la escuela y con sus hijos y cumplieron su palabra.

Cambiar la comida del comedor significó otro logro importante. Antes no se salía del guiso de porotos, de fideos, de arroz, todo sin carne. Cuando preparamos milanesas por primera vez, les tuvimos que explicar a los chicos lo que eran, pues nunca las habían probado. Lo mismo pasó con la pizza, sólo comían la masa, porque era lo que les resultaba más familiar.



Primero los maestros armaron los menús. Después, tuvimos que hacer charlas entre los maestros y las porteras, porque ellas tampoco conocían las nuevas comidas. Y ahí hubo algo muy importante que hicieron las maestras: les enseñaron a leer las recetas.

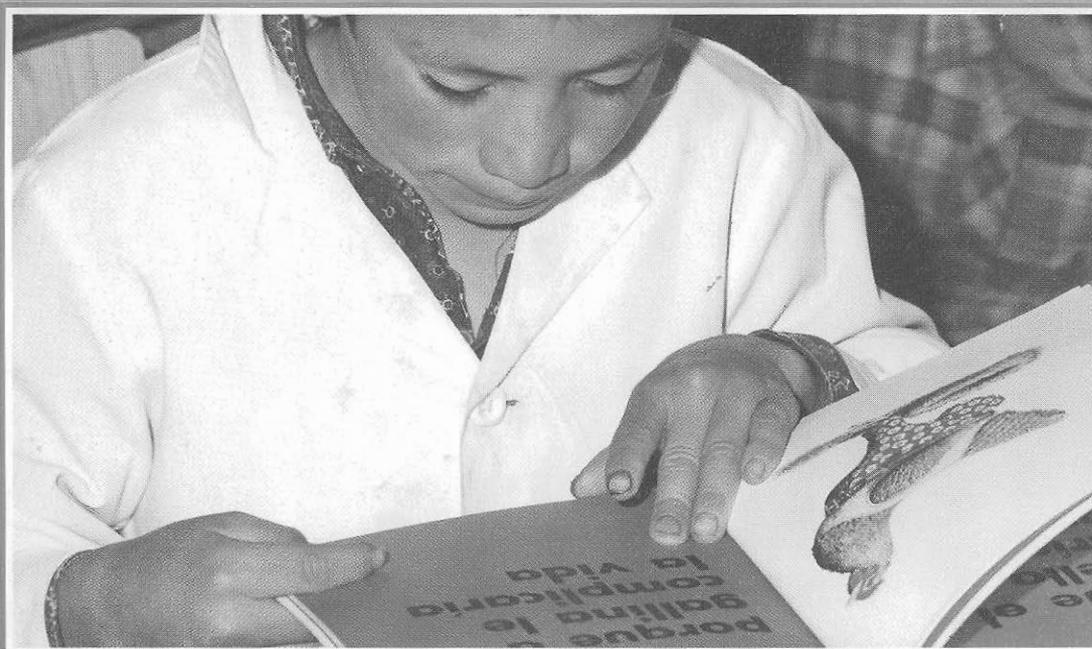
Si bien no era nuestro objetivo principal, la participación de las mujeres en la escuela provocó ciertos cambios relacionados con su lugar y sus costumbres en la comunidad. Excepto en diciembre, para celebrar las fiestas de Navidad y Año Nuevo, los hombres hacían asado. La escuela aportaba los chivos y los corderos y los padres ponían el resto. Las mujeres se organizaban para preparar pan y hacer las ensaladas. En mayo, como ya hacía frío, ellas preparaban empanadas y los hombres acomodaban el salón de la escuela para comer todos juntos. Al menos habíamos logrado que hubiera colaboración y acercamiento entre ellos.

Teniendo en cuenta que en las reuniones que hacíamos antes, las mujeres estaban por un lado y los hombres por otro.

Afortunadamente, hoy los chicos tienen otras formas de vincularse entre ellos. Conversan y juegan juntos mucho más. Es seguro que esto les permitirá el día de mañana, pensar o proyectar las cosas de otra manera.

Toda nuestra tarea estaba al servicio de encontrar contenidos y estrategias que les posibilitaran proyectarse y pensar en un futuro. De esta manera, nos propusimos que los contenidos que enseñábamos estuvieran contextualizados en la realidad inmediata pero que al mismo tiempo, les ampliara sus posibilidades. Buscábamos siempre distintas estrategias para que acrecentaran sus conocimientos, despertaran su curiosidad, y desarrollaran en ellos una actitud de investigación permanente.

Una de mis preocupaciones fue que la escuela los preparara para enfrentar la vida. Por eso, cada vez que me encontraba con ex alumnos, me interesaba conocer hasta dónde se había cumplido esa meta.



Una vez encontré a un chico que había abandonado la escuela en sexto grado y la terminó después, en el servicio militar. Estaba trabajando con un señor que tenía un "piño". Aquí se llama piño al conjunto de ganado integrado por caballos, vacas, chivas y mulas de carga

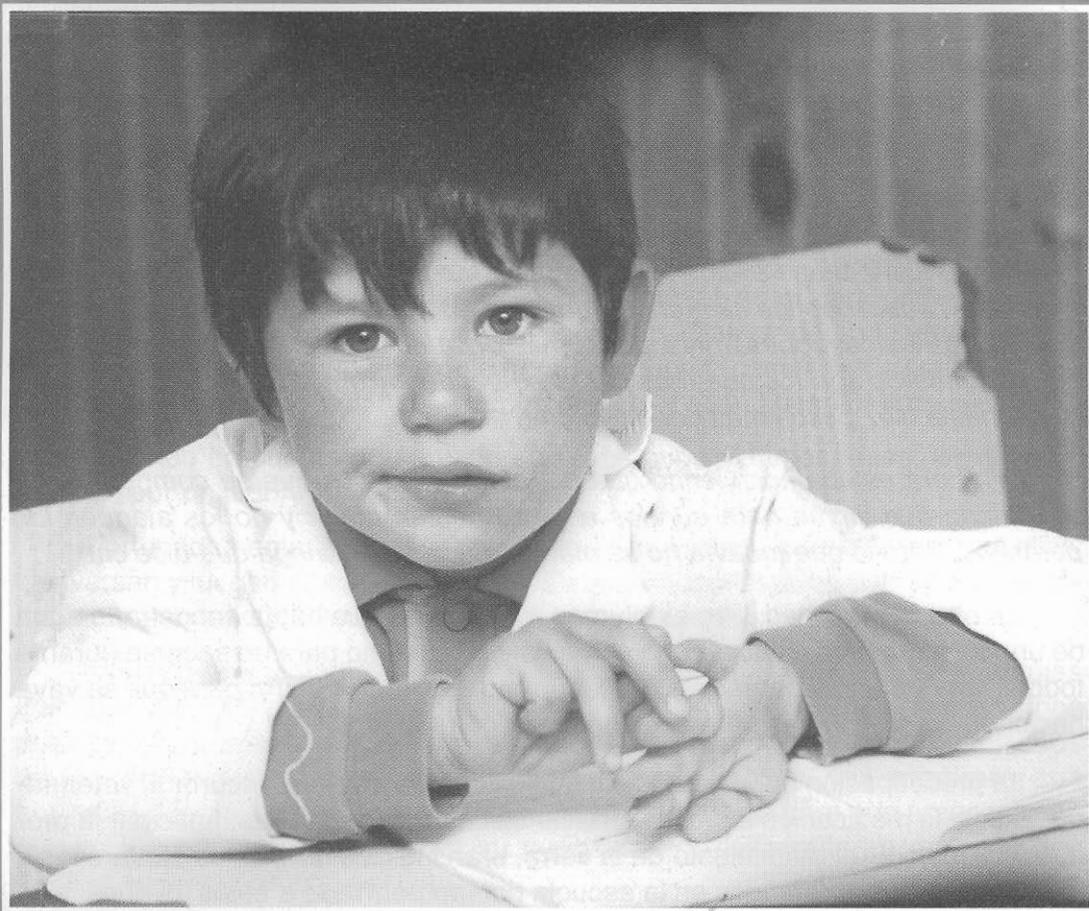
Le iban pagando en chivos, así que él estaba armando su propio piño. Me contaba con detalles, cada una de las estrategias que seguía para acrecentar su rebaño y hacerlo más rentable. Por ejemplo, me decía: *"Si uno tiene una buena invernada, buscando los castrones - que son los reproductores de los chivos - y echándoles los castrones antes, por el mes de abril, uno tiene chivos antes, y los chivos primeros son los que más caros se venden. Porque, a veces, se llega a ganar hasta diez pesos más por chivo"*, me explicaba.

*"Y ahora estábamos viendo que hay unos remedios que se compran en la veterinaria que sirven para que los animales estén mejor y no los ataquen los parásitos. Pero lo que todavía no sé manejar bien es la jeringa que dice  $\text{cm}^3$ "*.

En otra oportunidad, otro ex-alumno me contaba que había encontrado agua de una vertiente que estaba a una altura suficiente como para no secarse durante todo el año, y se había propuesto hacer un canal en todo el cerro para que se vaya haciendo "vega", que es un pasto que crece naturalmente.

La preocupación por cuidar los animales de otra manera, recurrir al veterinario, buscar la medicación adecuada, hacer cálculos de ganancias, anticipar la producción, mejorar el rendimiento de la tierra, eran indicios de que los contenidos y los instrumentos aprendidos en la escuela habían permitido a estos jóvenes, ampliar y cambiar la visión que poseían sobre las posibilidades de sí mismos y del medio. La escuela los había preparado para seguir en el ámbito de lo rural, pero con otra perspectiva, con una visión diferente.





Hoy la escuela cuenta con cien alumnos de nivel primario y veintitrés de nivel inicial, de los cuales cuarenta están albergados.

En la biblioteca hay 1500 libros para los chicos y los docentes. En cada aula hay una biblioteca que tiene entre 100 y 150 libros. Contamos con una computadora y una fotocopidora.

Construimos el galpón, provisto de todo tipo de herramientas. Se hizo un gallinero y un invernadero. Los chicos fabrican dulces para consumirlos y para vender.

Cada maestro que llegó a Manzano recibió una síntesis de la historia de la escuela. El solo hecho de escucharla los comprometió a trabajar por ella. Siempre les di todo el apoyo. Desde mi lugar de director traté de ofrecerles la amplitud para que "hicieran", siempre.

En el fondo, nosotros le debemos agradecer a los chicos todo lo que se pudo hacer en Manzano. Ellos fueron los que transmitieron sus inquietudes, y fueron el verdadero motor del cambio.

Manzano significó para mí la búsqueda y el encuentro de un lugar. Y si tuviera que contar veinte veces esta experiencia, lo haría; para que la tomen y la repitan, ojalá millones de veces.